

## LA MUERTE QUE NO SUPE

Ángel Fariñas Salgado in memoriam

Un amigo ha muerto y no lo supe.  
 Semanas, meses, y no lo supe.  
 No estuve al lado de su cuerpo  
 inerte, no contemplé en su rostro  
 los párpados severos, no velé  
 su memoria junto al ser amado  
 que tanto lo amó. En el exilio  
 ambos fueron para mi mocedad  
 los padres que apenas tuve.  
 Al hablarme yo sentía su mano  
 sobre mi frente; en algún rincón  
 de mi infancia ella me abrigaba  
 de nuevo. Supieron de la lámpara  
 que nunca supo apagarse a tiempo,  
 y esa renuencia del muchacho  
 a la ternura, su hostil o su hostigado  
 orgullo. Pero en la mesa girante  
 de las estaciones y los años  
 el pan y el vino fueron la ley  
 invariable del amor, y la gracia.  
 ¿Cómo no ser doblemente culpable?  
 Una y otra vez la falta va marcando  
 mi destino. El tormento y el vacío.  
 Puedo imaginar la noche de una última  
 plática con la verdad o, a la hora  
 del túmulo y del laude, discurrir  
 con la reverencia de la mañana  
 o de la tarde. Pero el adiós que no  
 dije quedará para siempre en mi alma  
 como una nostalgia salvaje.

## TIERRA SECRETA

¡Qué poco pudimos darte, tierra!  
 Antes sentí que los mejores dones,  
 como en los partos, nacían del dolor.  
 Ahora sé que el dolor puede secarnos  
 y ya sólo somos sensibles a la rabia  
 diaria de la vida que no logramos  
 vivir ni rehacer, y así pervertimos.

Siempre creí, tierra, que sólo en ti misma  
 habías conocido la gracia y el perdón.  
 Más carácter tuviste que tus hombres  
 y más que ellos habías sido fiel  
 en la penuria o en la abundancia.  
 Nunca le sacaste el alma a la culpa  
 y nunca te sonrojó el oprobio:  
 la paciencia aliabas con la justicia.  
 Tu rectitud comparé al vuelo del ave  
 que sale con el sol y, sin perder el rumbo,  
 sabe asilarse en la noche. Fuiste  
 ese largo vuelo, sin desmayo; su inclemencia  
 fuiste, su desamparado fulgor.

En los encandilados de la luz o del abismo,  
 migraciones entre sequías y relámpagos,  
 aromosa o áspera, torpe en la resolana  
 o ágil al soplo del cielo y del tiempo,  
 aun en las cicatrices que resplandecen  
 en tu cuerpo las anchuras del goce  
 conocí, tu jovial sabiduría, sagrada.

Pero algo, tierra, ha desterrado en mí  
 esas imágenes. La usura del tiempo  
 pudo más que la limpidez. Ahora giran  
 en el vértigo del vacío. Remolinos son  
 de aguas en pena, red de escombros.